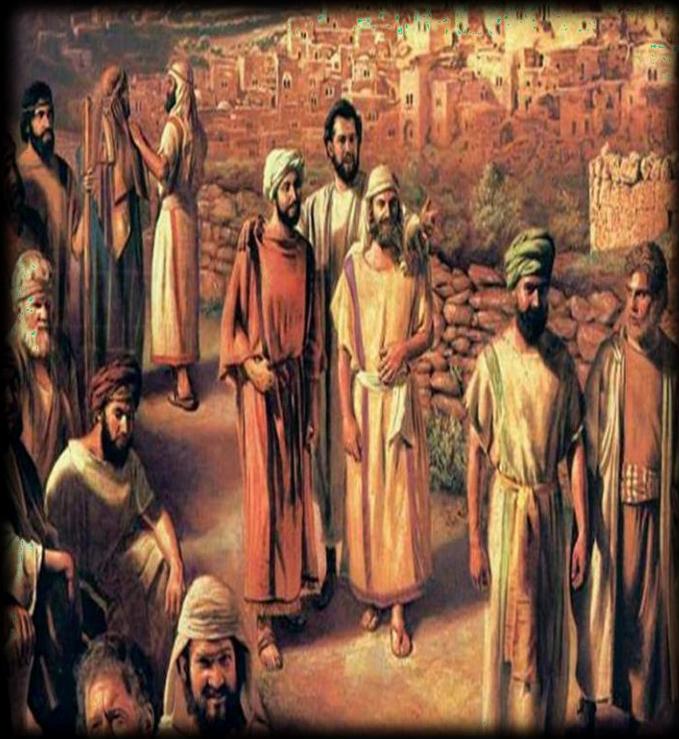
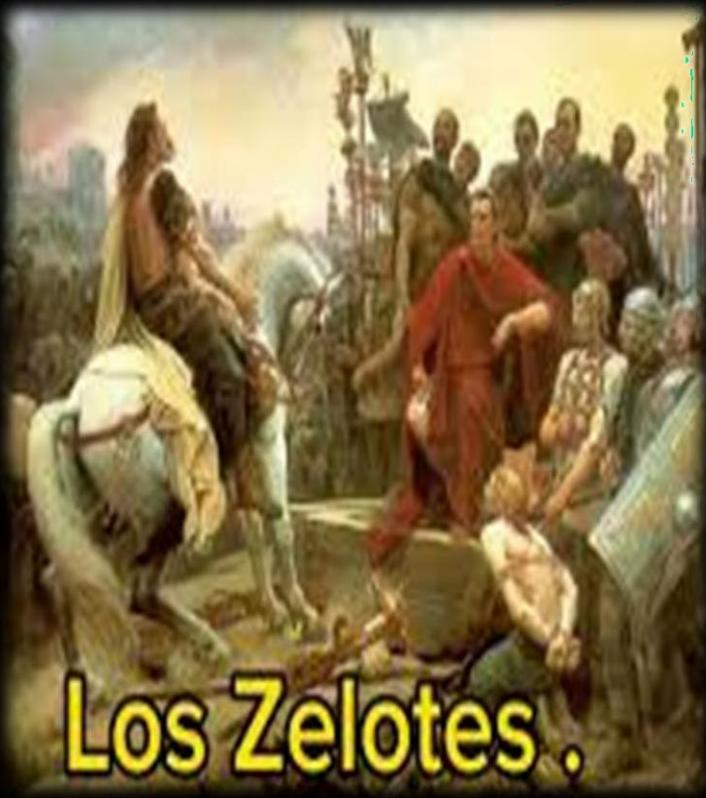


El don del Espíritu Santo.

El primer siglo de nuestra era vio nacer y crecer a la Iglesia fundada por el Señor Jesús, en ese momento histórico, el pueblo de Israel estaba bajo el dominio del imperio romano que les permitió cierta libertad religiosa siempre y cuando pagaran sus tributos y se sometieran a su dominio. La historia de la Iglesia como tal, comienza tras la ascensión de nuestro Señor Jesús en el monte de los Olivos en Jerusalén; el libro de los Hechos de los apóstoles, escrito por Lucas alrededor del año 63 del siglo I, relata estos momentos fundamentales para el asentamiento de la Iglesia primitiva y se centra en dos figuras fundamentales para la expansión del cristianismo: Pedro y Pablo. Los apóstoles, sin duda, veían a Pedro como un líder, porque Jesús lo había dejado a cargo y, junto a Juan, son los principales dentro de una pequeña comunidad religiosa de 120 personas que se reunían para las fiestas de peregrinación en el aposento alto. Los apóstoles habían acompañado a su maestro y, antes





de Su ascensión, habían recibido la promesa de la recepción del Espíritu Santo para desarrollar el ministerio que Dios les había encargado que fue predicar el evangelio a todos los lugares. Evidentemente que los seguidores de Jesús estaban en la mira de los príncipes y sacerdotes judíos porque creían que este

movimiento amenazaba su posición y autoridad. Por una parte, al proclamar a Jesús como el mesías, ponían en peligro la precaria estabilidad política de Judea frente a Roma que ya tenían bajo la mira a los zelotes, una organización judía radical que buscaban la independencia de Israel y sumar adeptos para expulsar a los romanos y a todos los que colaboraban con ellos, imitando las estrategias de la revuelta de los Macabeos que había recuperado la independencia de Israel durante la ocupación seléucida hasta la llegada de Roma al territorio.

Por otra parte, al predicar a Jesús como Hijo de Dios, los apóstoles eran considerados blasfemos por los judíos y, además, al afirmar que había resucitado, se enfrentaban

directamente con los saduceos que estaban a cargo del Templo y eran mayoría en el Sanedrín (Consejo integrado por 71 principales) en ese momento y que no creían en la resurrección que es una promesa de Dios a sus hijos, por lo tanto, es un principio fundamental de Su iglesia.

Sin embargo, esta congregación recibió el Espíritu Santo, diez días después durante la Fiesta de las Semanas o de “Pentecostés” lo que selló la promesa hecha por el Señor Jesús e inspiró a los apóstoles para realizar la ardua labor de evangelización en tiempos muy difíciles, es aquí donde vemos al apóstol Pedro pronunciar este primer gran sermón público en el que resalta la figura de Cristo y su importancia, a una audiencia judía muy diversa, por ello los discípulos traducen el mensaje a distintos idiomas porque, como Shavuot o Pentecostés era una fiesta de peregrinación, llegaban judíos de todos los lugares de Asia a Jerusalén, de esta manera se manifestó en este hecho sobrenatural que la Iglesia tenía el poder de Dios, ilustrando de paso, el carácter universal





que iba a tener la predicación apostólica, lo que tiene como resultado la conversión de 3.000 personas en ese día.

La descripción de este acontecimiento nos permite profundizar en un hecho fundamental vivido por la Iglesia primitiva, la recepción del Espíritu Santo

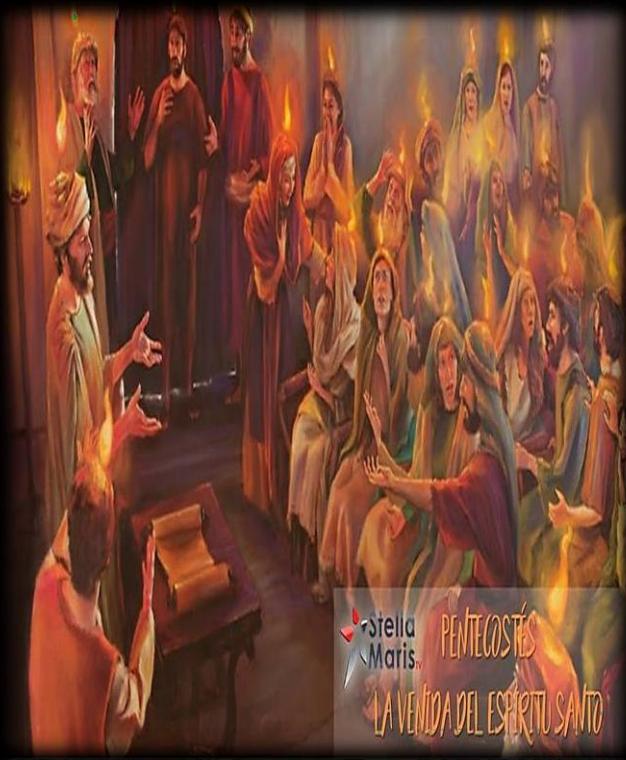
durante la Fiesta de Pentecostés.

En primer lugar, no es coincidencia que esto haya ocurrido durante esta fiesta religiosa en particular, porque en la fundación de esta congregación que había surgido del ministerio del Señor Jesús, estaban los fundamentos doctrinales que demostraban la voluntad de Dios para esta nueva etapa que se iniciaba en la relación de Dios con la humanidad, en otras palabras, cómo se iba a estructurar este “tiempo de la corrección” y qué significaba en concreto la transformación que era necesario adoptar tras el sacrificio de nuestro Señor Jesús, en la adoración y en la ley, porque Jesús era judío y había cumplido con todos los ritos y ordenanzas durante su vida y ministerio, entonces lo que hiciera esta

congregación, era lo que debían hacer los seguidores de Cristo.

Si bien es cierto, en este momento crucial Israel perdía su nexo con Dios al no reconocer a Su Hijo, esto estaba predicho para hacer posible la incorporación de los gentiles, un trabajo excepcionalmente difícil porque el sacerdocio y el templo seguían presentes, pero este sistema de justificación por el pecado no había podido transformar a las personas y acercarlas a Dios. Entonces mientras el pueblo judío celebraba Shavuot (hebreo) que conmemoraba la manifestación del poder y presencia de Dios en el monte Sinaí y la codificación de la ley entregada directamente por Él a Moisés, la Iglesia de los apóstoles también celebraba esta misma fiesta, reunidos en el aposento alto, no en el templo, en el día que establece la ley; recordemos que los Hechos fue escrito en griego y “Pentecostés” es un término griego para “Shavuot” que significa “contar cincuenta” o “día cincuenta”, y allí Dios les concede el don del Espíritu Santo que el Señor Jesús les había prometido: “Cuando llegó el día de Pentecostés, estaban todos unánimes





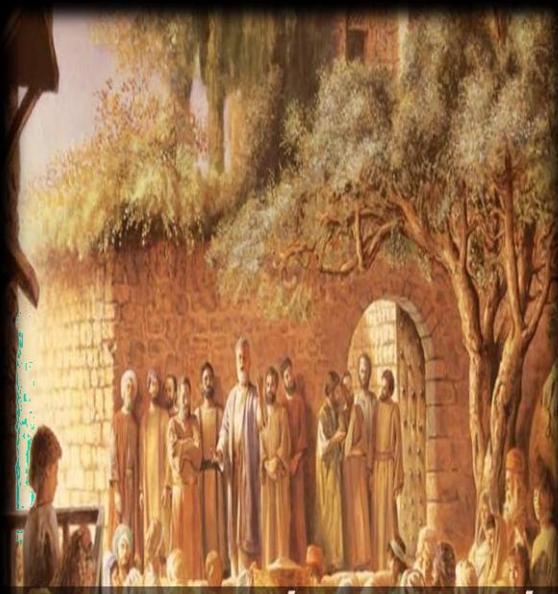
juntos y de repente vino del cielo un estruendo como de **un viento recio que soplab**a, el cual llenó toda la casa donde estaban sentados; y se les aparecieron lenguas repartidas, como de fuego, asentándose sobre cada uno de ellos. **Y fueron todos llenos del Espíritu Santo**, y comenzaron a hablar en otras lenguas

(idiomas), según el Espíritu les daba que hablasen” (Hechos 2:1-4).

A partir de este acontecimiento, la Iglesia apostólica agrega un nuevo contenido a la Fiesta de Pentecostés, el recuerdo de la recepción del Espíritu Santo, un poder de Dios para sus hijos que, en ese momento histórico, permitió a su iglesia crecer, fortalecerse y comprender la voluntad de Dios, don al que todos podemos tener acceso tal y como lo expresa Pedro en su primer discurso cuando cita al profeta Joel que predijo este acontecimiento. La multitud que lo escuchaba quedó perpleja y se sintieron conmovidos al comprender el mensaje de fondo: “la casa de Israel había crucificado al Hijo de Dios y éste era el Mesías prometido que ahora estaba al lado de Su Padre” y surge la pregunta que

articula todo el devenir del cristianismo nacido desde el judaísmo que estaba aún en el pasado, atrapado en los ritos ¿Qué haremos? Y Pedro les responde: “Arrepentíos y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados y recibiréis el don del espíritu santo”. Esta declaración fundamental, es la base del periodo que comienza ahora, es el método para relacionarse con Dios de ahí en adelante: reconocer el estado de pecado al que nos lleva vivir fuera de las leyes de Dios y sus principios, dejar atrás esa forma de vivir a través de la ceremonia del bautismo en la que nos comprometemos a esforzarnos por vivir sometiéndonos a la voluntad de Dios y convertirse, es decir, transformarse en una persona nueva. Todo lo anterior permite recibir una porción del espíritu santo, del espíritu proveniente de Dios.

Es fundamental para todo creyente saber qué es esto que Pedro llama “Espíritu Santo” que no tiene ninguna relación con el dogma de la trinidad que planteó Teófilo de Antioquía en el año 170 d. C. y ratificó el concilio católico romano de Nicea en el año 325, instalando una



EL PENTECOSTÉS: EL SERMÓN DEL APOSTOL PEDRO



Hechos 2:1-4

Cuando llegó el día de Pentecostés, estaban todos unánimes juntos.² Y de repente vino del cielo un estruendo como de un viento recio que soplaba, el cual llenó toda la casa donde estaban sentados;³ y se les aparecieron lenguas repartidas, como de fuego, asentándose sobre cada uno de ellos.⁴ Y fueron todos llenos del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les daba que hablasen.

idea totalmente errada que en “la unidad del Altísimo hay tres personas: El Padre, El Hijo y el Espíritu Santo, tres personas distintas una de la otra”.

El Espíritu Santo del que habló Jesús y ahora Pedro, es algo totalmente diferente y se refiere a este poder proveniente de Dios que

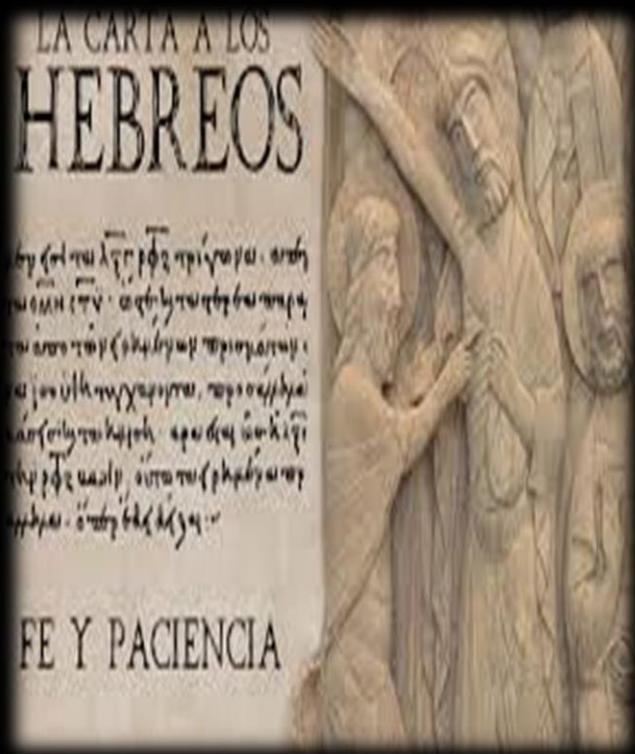
Israel no tuvo, salvo algunas excepciones; pero que ahora cada persona que se arrepienta busque a Dios y se bautice lo puede tener y, con su ayuda, puede transformar su naturaleza tan proclive al mal.

La expresión “Espíritu Santo” o “**hagios pneuma**” en griego se traduce como “aliento sagrado o proveniente de Dios”. En la filosofía griega, la palabra “pneuma” se usó para describir el aliento racional, el espíritu (...) En la medicina griega, se usó para describir el aire que circulaba en el cuerpo y que era necesario para el funcionamiento de los órganos vitales. Recordemos que cuando la iglesia apostólica estaba reunida en Pentecostés sintieron “un viento recio que soplaba” y que los llenó a todos, esta descripción concuerda perfectamente con la traducción que analizamos

anteriormente. No fue una entidad que bajó y habló con ellos, por el contrario, fue un poder que sintieron y pudieron ver en forma de llamas; lo que tiene relación también con lo que ocurrió en el monte Sinaí descrito en Éxodo 19: 18 “Y todo el monte de Sinaí humeaba porque Jehová había descendido sobre él en fuego”.

Para comprender más respecto de la función y características del Espíritu Santo vamos a tomar como base lo dicho por Pablo en la primera carta a los Corintios, cap. 2: 11 al 14: “Porque ¿quién de los hombres sabe las cosas del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él? Así tampoco **nadie conoció las cosas de Dios, sino el espíritu de Dios y nosotros hemos recibido**, no el espíritu del mundo, sino el espíritu que es de Dios, **para que conozcamos lo que Dios nos ha dado**; lo cual también hablamos, no con doctas palabras de humana sabiduría, más con doctrina del Espíritu acomodando lo espiritual a lo espiritual. Mas el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque le son locura y no las puede entender, porque se han de examinar espiritualmente”.





Esta cita del apóstol Pablo aclara la constitución esencial de cada ser humano y la diferencia con la constitución esencial de los hijos de Dios. Todo ser humano tiene espíritu de vida y desarrolla el espíritu del hombre como lo explica Job 32: 8 “Ciertamente espíritu hay en el hombre, e inspiración del Omnipotente los hace que

entiendan”, éste último es lo que conocemos como raciocinio o intelecto que permite aprender y ser funcional en la sociedad; sin embargo, cuando una persona recibe el llamado de Dios, se arrepiente de sus errores, se bautiza, recibe un espíritu distinto, una porción del Espíritu de Dios, que le permite comprender a Dios y este espíritu posibilita desarrollar las características espirituales de un hijo de Dios. Pablo también agrega en I Corintios 3: 16 un ejemplo muy esclarecedor de lo que se entiende por “Espíritu Santo”: ¿No sabéis que sois templo de Dios y que el Espíritu de Dios mora en vosotros? Recordemos que con la muerte del Señor Jesús el sistema de adoración se simplifica, queda sin efecto, la ley de los ritos, el templo y el sacerdocio terrenal; Jesús es el sacrificio perfecto, el

templo es ahora, según lo que el apóstol Pablo plantea en la cita anterior, nosotros mismos y dentro de nosotros puede residir una porción del espíritu de Dios y el Señor Jesús es investido como el Sumo Sacerdote, como lo explica Pablo en la carta a los Hebreos cap. 4:14-16 “Por tanto, teniendo un gran Pontífice, que penetró los cielos, Jesús el Hijo de Dios, retengamos nuestra profesión. Porque no tenemos un Pontífice que no se pueda compadecer de nuestras flaquezas; mas tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado. Lleguémonos pues confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia, y hallar gracia para el oportuno socorro” Cuando el Señor Jesús le promete a su Iglesia el Espíritu Santo, el término es traducido como un adjetivo: “consolador” que es inexacto. El término utilizado proviene del griego *koiné* “paraklesis” cuyo significado más exacto es “consuelo”, un sustantivo, que se puede





traducir también como “ayuda”, entonces es más acertado decir que la Iglesia esperaba el “consuelo prometido”, esperaban algo no “alguien”. De esta forma se entiende mejor el sentido de este don de Dios; esta “ayuda procedente de Dios” que nos permite desarrollar las capacidades que Dios requiere de cada uno para el desarrollo de

su obra, a partir de un arrepentimiento verdadero.

Si bien es cierto que el Espíritu Santo es un poder procedente de Dios que puede ser destinado a las personas que crean en Dios, se arrepientan y procedan al bautismo; no debemos olvidar que Dios lo da y Dios evalúa a cada persona. Recordemos la historia de un personaje muy singular que aparece en hechos cap. 8, Simón el Mago. Cuando la predicación de la Iglesia primitiva llegó a los alrededores de Samaria; Simón, un embaucador que practicaba artes mágicas, escuchó el mensaje de Felipe, creyó y se bautizó y cuando vio a Pedro y a Juan que oraban para que los nuevos hermanos recibieran el Espíritu Santo, les ofreció dinero

para poder recibir este poder. Pedro lo reprende duramente y le dice: “tu dinero perezca contigo, que piensas que el don de Dios se gane por dinero. No tienes tú parte ni suerte en este negocio; porque tu corazón no es recto delante de Dios”. Simón el mago, no comprendió, pese a haber realizado el bautismo, el propósito que el Espíritu Santo tenía: ayudar a comprender los principios de Dios y que, a través del proceso de conversión y dedicación, se su obra, se puede multiplicar al punto de incluso realizar milagros, como ocurrió con los apóstoles.

No se puede dudar del poder transformador del Espíritu Santo, pero Dios lo otorga a quienes se **arrepienten sinceramente** de sus pecados, se comprometen con Dios a través del bautismo y **demuestran tener un corazón recto**, de otra forma no es posible. Comparemos el mal ejemplo de Simón, el mago, con el proceso del apóstol Pedro, también llamado Simón, un pequeño empresario de Galilea, un





¿Quién fué el Apostol Pedro?



hombre simple, sin una gran educación como fue el caso de Pablo, pero que atendió al llamado de Jesús y tomó la decisión de seguirlo. Sabemos que su impulsividad lo hizo muchas veces merecedor de la corrección del Señor Jesús porque no podía comprender la dimensión e importancia

del ministerio de Cristo sin todavía tener el Espíritu Santo obrando en él; a pesar de ello, en un momento fue capaz de reconocer a Jesús como el Hijo de Dios antes que ninguno de sus compañeros discípulos y, contradictoriamente más adelante, reprendió a Jesús para que tuviera compasión de Sí mismo y no se entregara para ser el sacrificio que la humanidad requería. Fue capaz de enfrentarse a los soldados del sanedrín para proteger a su maestro, porque no podía comprender que todo esto debía suceder para que la Iglesia existiera, él amaba profundamente a su maestro, pero como un simple hombre, sin el Espíritu Santo; ese mismo amor lo hizo seguir de lejos a Jesús para saber

qué iba a ocurrir con Él cuando lo apresaron; pero fue reconocido y tuvo miedo por su vida y lo negó. Dios conoce el interior de cada persona y, a pesar de todos estos errores, lo eligió para hacerse cargo de la Iglesia por su honestidad y su profundo amor por la obra. Dios vio su potencial y su sincero deseo de convertirse en el instrumento que Dios necesitaba para proclamar el evangelio a la casa de Israel, por estas razones, al recibir el don del Espíritu Santo en el día de Pentecostés, fue capaz de hablar ante una multitud y conmover a 3000 personas, hacer caminar a un paralítico con la suficiente fe que alguna vez le faltó para caminar sobre el mar, llegó a tal grado su desarrollo espiritual que las personas colocaban a los enfermos en las calles para que, al menos, su sombra los tocara y recibieran la sanidad que buscaban y esto no lo envaneció. Este mismo Espíritu es el que Dios pone a disposición de todos quienes están dispuestos a cambiar su vida y seguirlo; pero no hay que olvidar con esto que “Jehová no mira lo que mira el hombre; pues el hombre mira lo que está delante de sus ojos, pero Jehová mira el corazón”.

